

En memoria de Vicky Aguirre Escamilla

POR RUSH GONZÁLEZ

Recuerdo que fue hacia principios de esta década que tuve la ocasión de coincidir profesionalmente con Virginia Aguirre. Yo acababa de obtener el grado de maestro en Filosofía Contemporánea y me encontraba ejerciendo el cargo como coordinador de la academia de Filosofía en la Facultad de Humanidades de la UAEM. Este tiempo estuvo marcado por diferentes contrastes políticos y académicos en la Facultad. Existía una suerte de enrarecimiento político en el ambiente.

Pese a ello, la creación filosófica seguía hacia adelante. Las cabezas académicas de la licenciatura eran los doctores José Blanco, Gerardo Rodríguez Casas y Mijail Malishev. Blanco estaba esbozando el perfil de su filosofía de la estulticia; Rodríguez Casas había avizorado todo un horizonte en su epistemología integral; a su vez, Mijail Malishev penetraba los abismos de la naturaleza humana a través de su antropología filosófica. Nos habíamos comenzado a agrupar para fundar el cuerpo académico de Filosofía Contemporánea. Una de las exigencias que imponía la Secretaría de Investigación era justamente la producción académica e intelectual resultado de la investigación filosófica. Es decir, la configuración de cuerpos académicos traía aparejado el compromiso de que cada uno de los integrantes contribuyera con su granito de arena en su consolidación. Ahora la publicación de nuestros trabajos no era un lujo, sino una exigencia. Yo ingresé al cuerpo académico mencionado como asociado, debido a mi condición de profesor de asignatura. La exigencia de producir precipitó mi búsqueda de medios impresos para publicar.

El asunto es que en mi archivo personal contaba con algunos trabajos almacenados que desde hacia ya algún tiempo tenía la intención de exponer a la luz pública. Los doctores Gerardo Rodríguez Casas y Mijail Malishev fueron quienes me convencieron finalmente de que algunos de esos materiales debían ser conocidos por la redacción de la revista *La Colmena*. El primero de ellos me aseguró que la revista estaba dedicada a la divulgación y abierta a los diferentes puntos de vista sobre la cultura y el arte.

Fue hacia finales de 2001 cuando llegué a las instalaciones de *La Colmena*. Le pregunté a un joven que iba saliendo del lugar por la oficina de la directora de la revista. Llegué, toqué suavemente la puerta. Nadie respondió. Volví a tocar un poco más fuerte, “probablemente no hay nadie”, me dije. Estaba a punto de darme la vuelta cuando desde el otro lado de la puerta se escuchó claramente una voz que decía “adelante”. Me encontraba un poco nervioso, no sabía cómo me iban a recibir, no sabía de quién era aquella voz; probablemente me iban a rechazar. No obstante, estaba determinado a exponer mi trabajo a la redacción. “Hola, buenas tardes, pásale”. Ahí estaba Virginia. Tenía una especie de mascada color lila en el cabello, que era negro y corto. Debajo de aquella mascada se entreveía una cabellera rizada. Virginia estaba vestida impecablemente. Con una sonrisa me invitó a tomar asiento. Su voz tenue y pausada era indicio de que había trabajado en algún momento en radio, pues su entonación y pausa semejaba la de una locutora. Con toda seguridad había estudiado comunicación, pensé. “¿De dónde vienes?”, me preguntó. “Vengo de la Facultad de Humanidades”, respondí. “¿Conoces al doctor Casas y al doctor Mijail?”, volvió a preguntar. “Sí claro, de hecho he venido por sugerencia directa de ellos, ambos fueron mis maestros en la licenciatura y en la maestría”, contesté. “Entonces tú estudiaste filosofía”; “sí, claro”, le dije.

Un día antes había yo hurgado en mis archivos, tratando de seleccionar un trabajo que pudiera gustarle y ajustarse al espíritu de la revista. Había dos trabajos que insistentemente me sonaban en la cabeza, uno se refería a los presocráticos y el otro tenía que ver con la reforma de la filosofía. Me quedé un buen rato sopesando su inteligibilidad. Los dos me parecían adecuados. El que versaba sobre los presocráticos, pensé, era para un público más especializado y seguramente no interesaría en la revista. Consideré que el texto dedicado a la reforma de la filosofía moderna era más adecuado. Sólo tenía que hacer unas leves modificaciones al contenido y la presentación. Comencé por modificar el título y la estructura del trabajo. El primero quedó como “Reflexiones acerca de la bioética y algunas urgencias en la filosofía contemporánea”.

Pues ahí estaba frente a la directora de *La Colmena*. De mi mochila extraje un par de impresiones y un disquete: “vengo a ver la posibilidad de que me publique un artículo en su revista. Este trabajo trata de la bioética vista desde el cristal de la filosofía contemporánea”, le dije. Deslicé los materiales por el escritorio para ponerlos a su alcance. Ella dejó por un momento el libro que estaba leyendo, pude ver de reojo que el título del mismo versaba sobre el holocausto en la segunda guerra

mundial. Me quedé en silencio. Recogió con sus ávidas manos mi trabajo, revisó el título, le dio vuelta a la primera página, recorrió todas las páginas del documento. Se quedó un rato en silencio antes de emitir su primer comentario. “Se ve interesante tu trabajo”, y continuó: “Sin embargo, tendremos que ponerlo a la consideración de un experto en la materia para que le dé el visto bueno, porque el contenido de la revista debe poseer cierta calidad”; “está bien”, expresé. Ya la oscuridad se apoderaba de las calles de Toluca. En seguida me despedí de ella. “Te mantendré informado”, me dijo. El trabajo salió finalmente publicado en el número 34 de La Colmena, correspondiente al periodo abril-junio de 2002, con el título “Reflexión incidental en torno a la bioética vista desde la metafísica y algunas urgencias en la filosofía contemporánea”.

Resulta evidente que gran parte de la biografía profesional de nuestra querida Vicky estuvo íntimamente ligada a la factura de *La Colmena*. Si pudiera hacer una



En el jardín de la Universidad Iberoamericana (26 de septiembre de 2009).

semblanza para describir parte de su calidad humana, diría que se caracterizó por su apertura y por dar un voto de confianza a los nuevos escritores de nuestra Universidad. Hay que reconocer que escribir ha representado siempre una tarea difícil y que lo ha sido todavía más encontrar un medio para difundir las ideas y el pensamiento. Podría decirse que *La Colmena*, al ser un medio de divulgación, ha llevado la presencia de nuestra Universidad a diferentes ámbitos y planteles educativos. Digamos que ha cumplido un doble papel, a saber: por un lado, constituirse en un medio de divulgación y, por el otro, ser, de cierta manera, la carta de presentación más digerible de la producción académica de la UAEM.



Con la actriz Esperanza Tapia (13 de julio de 2010).

A finales de 2003, Virginia, a través de Mijail Malishev –quien también se ha caracterizado por su confianza en los jóvenes– nos invitó a participar en un número monotemático dedicado al problema de la ética. Desde luego, la invitación se hizo extensiva a todos los interesados en el tema. Varios colegas de la academia de filosofía y de otras licenciaturas hicieron llegar sus propuestas. Así fue como hacia finales de 2004, *La Colmena* publicó su primer monotemático en colaboración con la academia de filosofía de nuestra Universidad. Cabe aclarar que desde entonces la revista ha venido publicando, por lo menos una vez al año, un número monotemático en coordinación o colaboración con los integrantes de la Licenciatura en Filosofía. En cada edición han participado no sólo académicos, sino también se han involucrado alumnos, gracias a la gentileza y apertura de Virginia Aguirre. Entre los temas abordados por la revista figuran las pasiones del alma, el mal desde la perspectiva filosófica, la presencia de lo sagrado, la contracultura e ideología del rock y los griegos y la cultura contemporánea.

Ella gozaba mucho cada vez que la revista era presentada en los recintos universitarios y otros espacios. Desde que inició la feria editorial organizada por la Universidad, me hizo, en cuatro ocasiones por lo menos, la atenta invitación de que presentara el número correspondiente. Ella acostumbraba decir que cada número que editaba era, de cierta manera, como un hijo que daba a la luz pública. Desde luego, la satisfacción se dibujaba en su rostro, pues cada número era fruto de todo un empeño coordinado por ella.

Alguna vez nos pusimos a platicar sobre el fenómeno de la comunicación contemporánea y sus implicaciones filosóficas. Desde ese momento comprendí que ella tenía una preocupación filosófica.

Hacía comentarios y preguntas interesantes sobre el tema. Sin duda, tenía buenas lecturas al respecto y una honda preocupación por las implicaciones filosóficas del dolor y la muerte. A mí me intrigaba, cada vez que coincidíamos, su recurrente preocupación por estos asuntos. Cualquiera podría haber dicho que era una mujer más preocupada por su arreglo personal; pero no era así. Desde luego, este aspecto lo tenía resuelto. Me consta. Latía en ella una exploradora emergente de la naturaleza humana. Temas tales como la comunicación, el dolor, el holocausto y la muerte no le hubiesen interesado de haber sido una mujer superficial. Virginia era una asidua buscadora. Más tarde me enteré que estaba haciendo la Licenciatura en Filosofía en la Universidad Iberoamericana. Hasta ese momento comprendí el porqué de su recurrente insistencia en tales temas. Fue entonces que mi curiosidad se apaciguó: ella estaba interesada en el estudio del enigma de la naturaleza humana, estudiaba una licenciatura y tenía una fuerte inclinación hacia la antropología filosófica.

Casi diez años después de que tuve mi primer encuentro con Virginia. Siendo yo coordinador del área de filosofía del posgrado en Humanidades, realizó su solicitud formal en la Facultad para ingresar a la Maestría en Filosofía Contemporánea. Para acreditar su solicitud, presentó como documento de licenciatura su título de filosofía. Ingresó al posgrado en el verano de 2010. Tuve el agrado de tenerla como alumna durante el primer semestre. Realizó dos intervenciones brillantes a lo largo del semestre, cada alumno debía exponer dos textos a lo largo del curso. Me agradaban sus participaciones en clase, pues estaban cargadas de sentido y llenas de contenido. En mi clase se respiraba un ambiente muy agradable. Todos los compañeros –o casi todos– tenían siempre algo que decir acerca de los tópicos que se exponían. Virginia brillaba por su madurez y por la sapiencia que mostraba cada vez que intervenía. Su última participación versó sobre la *Respuesta a Job*, de Carl Jung. Me entregó un buen ensayo, acerca del cual le dije: “vale la pena que este trabajo sea publicado”, ella sólo sonrió. No pensé que justamente la sonrisa que me compartía en ese momento sería la que alumbraría su recuerdo en el salón de clases.

El curso estaba a punto de terminar, pero Virginia ya no volvió. Nadie de los todavía vivos volvió a verla. Dicen que cruzó el horizonte de la eternidad.